

actitudes es la más en boga, la más fácil de adoptar, la más susceptible de producir buenos dividendos y una sólida reputación.

Naturalmente, son los hombres los más susceptibles de inhibirse, por aquello de parecer más sensatos y dignos de confianza. Por eso no es sorprendente el hecho de que la proporción de mujeres a hombres en las categorías B y C sea alrededor de tres a uno. (En el grupo E—Opiniones—, los hombres vuelven ventajosamente por sus fueros.) Si se me presiona, me mostraré de acuerdo en que más mujeres que hombres desean parecer maravillosamente sensibles e intuitivas, y pueden dejar de ser realistas, al menos en esta cuestión, con objeto de engañarse a sí mismas y a otras personas. Por otra parte, las mujeres, en general, tienden a ser más realistas y, no obstante, en ciertas cuestiones, de mentalidad más abierta que los hombres, más dispuestas a resistir a la presión de la opinión. Es menos probable que se dejen poner anteojeras por las ideas.

Además—y esto es importante en lo que atañe a los sueños precognoscitivos—, por regla general, la mujer media *capta* mucho más que el hombre medio. Tiene mejor ojo para el detalle. Hace una testigo mucho más alerta. En cambio, cuando ama las emociones la agitan más que al hombre, y, en tales ocasiones, puede ser menos capaz que él para distinguir entre la verdad y la fantasía (cuestión importante de la que volveré a ocuparme más tarde). Finalmente, hay que decir que, a despecho de su sentido práctico y su realismo en los asuntos ordinarios, muchas mujeres sienten prejuicios (aunque acaso en secreto) contra un criterio de la vida racional y positivista. Desean que el mundo contenga inexplicables elementos de lo irracional y lo maravilloso. No pueden resistir a la tentación de que alguien les diga la buenaventura.

Aquí he de ser franco. Puede que existan unos pocos intelectos sobrehumanamente desinteresados, pero creo que el resto de nosotros caemos a uno u otro lado de la barrera. En lo más secreto de nuestro ser, dondequiera que realicemos nuestros deseos inconfesados, o bien deseamos que la vida sea limpia, clara, plenamente entendida, contenida en límites definidos, o bien anhelamos que sea más amplia, más frenética, más extraña. Enfrentados con un incidente fuera de lo normal, deseamos suprimirlo o desarrollarlo.

En este nivel, por debajo del de las filosofías y las opiniones racionales, o bien rechazamos o ignoramos lo desconocido, lo aparentemente inexplicable, lo maravilloso y milagroso, o bien damos la bienvenida a todo signo de ello. En un extremo se halla un fanatismo estrecho e intolerante, gruñendo amenazadoramente contra todo lo situado al margen del cuadro aceptado del mundo, y en el otro se encuentra una credulidad idiota, fácil presa para cualquier charlatán de lengua expedita. En un extremo, el mundo se convierte en cárcel; en el otro, en manicomio.

Ahora bien: podemos evitar fácilmente estos extremos; aunque creo que la secreta tendencia está siempre presente, por mucho que pretendamos ser desinteresados y objetivos, y su influencia se deja sentir siempre que algo semejante a la precognición esté sometido a examen y discusión. En el fondo, todos estamos de una u otra parte, *deseando* que sea cierto o abrigando la esperanza de que sea falso. Y empecé diciendo que debo ser franco, porque he de recordar al lector mi propia tendencia. (También le pido que recuerde que él tiene igualmente la suya.)

Sí, prefiero arriesgar el manicomio a entrar en la cárcel. Prefiero creer demasiado—siempre que pueda hacerlo sin fanatismo e intolerancia—a creer demasiado poco. Si ha de incurrirse en errores, prefiero cometer el error de pensar que esta vida es demasiado grande, complicada, misteriosa, maravillosa, que caer en el error opuesto y verla más pequeña y simple que mi propia imaginación, pulcra y perfectamente conocida, tediosa. Es preferible correr el riesgo de ser captado a que le den a uno con la puerta en las narices. La credulidad excesiva puede ser necedad, la excesiva incredulidad puede ser la muerte.

Sin embargo, quiero jugar limpio. De modo que expondré a continuación los argumentos contra la aceptación de los sueños precognoscitivos.

Primero, hemos de recordar que muchas personas están secretamente enamoradas de lo irracional y lo maravilloso. Desean ardientemente que suceda algo. Y, si les sucede a ellas, como una sugerencia de que son personas especiales, tanto mejor entonces. Puede que no engañen deliberadamente. Pueden persuadirse fácilmente a sí mismas de su carácter profético. Los sueños y los acontecimientos subsi-

guientes pueden retocarse en la memoria de forma que coincidan. Muchas personas, por ejemplo, presienten un desastre y el desastre se produce; pero, por otra parte, esas mismas personas pueden haber tenido presentimientos sin que ocurriese nada después, y estos presentimientos se han olvidado convenientemente.

Una mujer puede soñar que su esposo muere, y, al cabo de unos días o unas semanas, este muere, en efecto. Pero la mujer puede haber estado reprimiendo de su consciencia una profunda ansiedad respecto al estado del corazón de su marido, de modo que en el sueño esta ansiedad se abre camino y representa la muerte del esposo. No ha habido precognición.

Algunos psicólogos nos dicen que una emoción fuerte, de cierta índole, experimentada durante un sueño, ligándose con una emoción similar, experimentada en el curso de nuestra existencia despierta, puede persuadirnos de que el sueño y el acontecimiento posterior son semejantes.

La no infrecuente impresión de haber estado en alguna parte antes, de representar aparentemente nuestro papel por segunda vez en el conjunto de una escena, todo el efecto *déjà vu*, puede ser explicada por el especialista del cerebro, quien cree en nuestros lóbulos y no en sueños predictivos. Vemos fotografías de lugares donde no hemos estado nunca; luego, quizá años después, surgen estas fotografías olvidadas para servir de fondo a sueños de viajes, y luego, cuando vamos a esos lugares, anunciamos que ya los hemos visitado en sueños.

Y es posible, como han sugerido algunos psicólogos, que estemos tan resueltos a hacer proféticos nuestros sueños, que manipulemos inconscientemente nuestra vida despierta, eligiendo esto, evitando aquello, para forzarlos a que se realicen.

Y entonces surge la coincidencia.

Desde luego, esto es lo preferido. Para cambiar la imagen, podríamos decir que científicos y técnicos van a sus laboratorios y pupitres a través de bosquecillos de coincidencias, resplandecientes como árboles de Navidad, coincidencias acerca de las cuales no experimentan la menor curiosidad. (Deberían leer el ensayo de Jung sobre *Sincronicidad*, donde la coincidencia vuelve, al fin, por sus fueros.) Pero debo seguir jugando limpio, exponiendo el caso desde el punto de vista de la oposición.

Vivimos en el mundo—como solían decir

los chinos—de las 10.000 cosas. Soñamos con esas 10.000 cosas. Algunas personas soñarán con una combinación de esas cosas, combinación que más tarde descubren en su existencia despierta. Pongamos que sueñan con un camino angosto y oscuro, la verde puerta de una verja, y más allá una puerta principal pintada de rojo. Meses más tarde, tras contemplar innumerables combinaciones de caminos, puertas de verja y puertas principales, descubren de pronto un camino angosto y oscuro, una verde puerta de verja, una puerta principal pintada de rojo. ¿Precognición? En absoluto. Simplemente coincidencia. Tarde o temprano, la casualidad acercará mucho a un sueño, entre millares, y una situación despierta, entre docenas de millares.

¿Serán raras las coincidencias de esta índole? Desde luego, pero también lo son sus llamadas sueños precognoscitivos. ¿Por qué no los está teniendo siempre la gente? Simplemente, porque coincidencias de este género *son* raras. Y, cuando se producen, las personas extravagantes, que no están satisfechas de la vida tal y como es y desean ver hechos realidad sus deseos, se apresuran a sacar el mayor partido posible de aquellas y empiezan a disparatar respecto a la precognición y el problema del Tiempo.

En los párrafos precedentes he expuesto justamente los argumentos contra la precognición, sin referirme a la creencia subyacente de que *no* sucede, porque *no podía* suceder, de modo que la gente debe estar engañándose de las distintas formas que he sugerido. He cedido el terreno a la oposición positivista. Ahora iré más allá de esa oposición, aunque seguiré tratando de jugar limpio.

Algunas personas rechazan la precognición, junto con el desafío que esta representa a nuestra idea aceptada del Tiempo, por razones completamente diferentes. No es al Tiempo, sino al Espacio, junto con sus limitaciones de nuestros sentidos, al que esas personas desafían. Ha sido nuestra percepción extrasensorial—la famosa ESP de todos los experimentos—la que ha actuado en estos llamados ejemplos de precognición. Hay casos, con los que el Tiempo no tiene nada que ver, de telepatía.

Las mentes están en comunicación de algún modo, mientras los cuerpos pueden hallarse separados por millares de kilómetros. Un hombre que se ahoga o que está mortalmente herido piensa con angustia en su mujer, y esta le ve